

LA LENGUA MIGRANTE DE FÁTIMA RODRÍGUEZ

Minerva Salado

Para hablar de la poesía de Fátima Rodríguez hay que referir en primer lugar la lengua gallega. Fátima escribe en gallego y ni su larga estancia en Francia, ni su formación académica allí lograron hacerle olvidar la expresión de sus ancestros, su identidad.

Fátima da certeza a esa poesía que en el ámbito universitario de Toulouse ha escrito en galaico, y podríamos pensar que ello se debe a la identidad a la que se aferra, pero también pensamos sus lectores que su escritura es también la defensa de su pueblo, de la lengua que él habla. Pueblo y lengua migrantes, acosados desde distintos frentes por el portugués y el castellano pero dando batalla como suelen hacerlo los obstinados, los valientes.

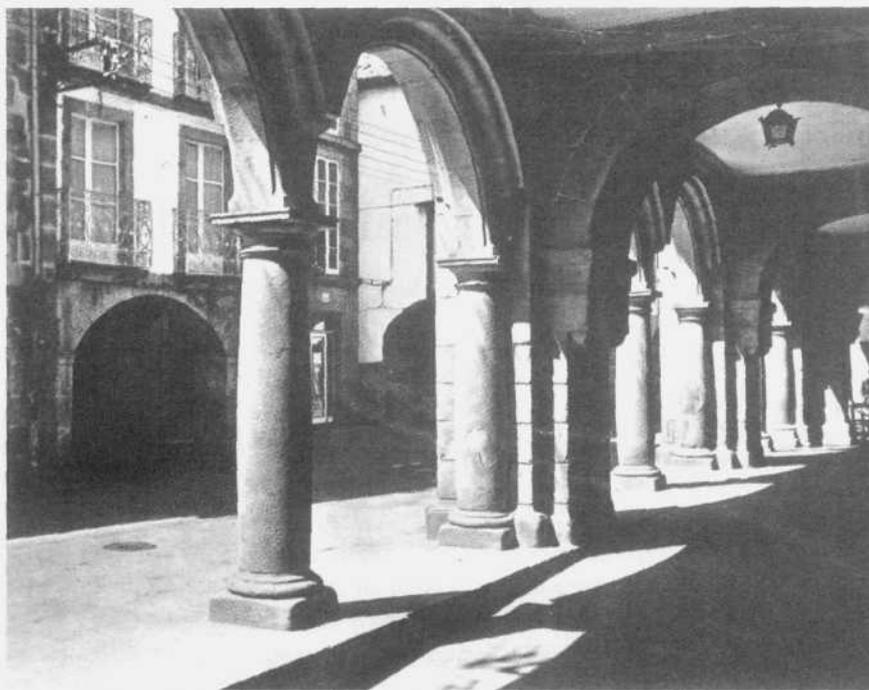
“El idioma de los gallegos está en extinción” he oído decir a algunos escépticos. Sin embargo, al llegar a Santiago de Compostela o a Vigo, caminar por el paseo marítimo de La Coruña o tras las murallas de Lugo, se escucha a los transeúntes, ciudadanos del lugar, platicar en su lengua. Entrás a una “perruquería” y sorprendes a las estilistas empleando su idioma, que cambian de inmediato al castellano cuando se percatan del acento extranjero. Sales a la calle y escuchas la lengua viva bajo los paraguas que se debaten en las estrechas vías de la ciudad medieval. A esa permanencia ha contribuido desde luego la voz de los escritores y en especial la de los poetas. Porque son éstos quienes se toman la atribución de transmitir a la letra escrita, ese ritmo interior de la lengua, su acento lírico, con frecuencia dolorido, pero sobre todo, su ternura. Esa ternura profunda, con apariencia de rudeza que hemos podido tocar algunos pueblos de América, gracias al legado de los migrantes gallegos.

Luego entonces hablamos de una poesía gallega, esta de Fátima Rodríguez, en la que su principal protagonista es el lenguaje. Lenguaje que lo abarca todo. Que busca el rostro de las gentes, surcado por el trabajo, evoca el verdor de la naturaleza con los seres que la pueblan, y finalmente

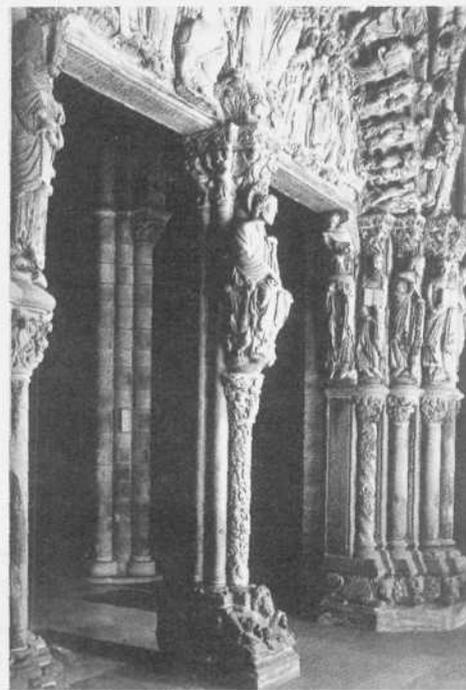
termina en el encuentro con un rostro de mujer en el cual se mira Fátima para entablar un diálogo-soliloquio con lo que ella es, con lo que ama y con lo que implica ser portadora de la expresión de un pueblo migrante, habiendo adquirido ella misma esa condición.

No es simple la tarea de convertir el dolor en belleza. A los poetas se les ha asignado esa función y muchos profanos juzgan que nada es más fácil. Ningún trabajo con la palabra es fácil, ni aún el oral, pero la labor resulta más escabrosa cuando la belleza posible proviene del dolor como factor de identidad de un pueblo. No es ocasional entonces ese aliento sufrido que expresa la palabra poética. Fátima, para bien o para mal, tiene en sus manos un instrumental que ha sido construido como la piedra bajo el cincel: en el camino ancestral de Santiago, en la convivencia con los valores elementales de la naturaleza, en el sol sobre la espalda del inmigrante que trabaja otra tierra para sostener a la suya, en la ausencia, en la ajenidad que se padece y se canta como un susurro junto al cansancio de las noches.

Apenas acercarse a ese instrumental de Fátima Rodríguez se observa cómo lo usa. Hay palabras que no piden modificadores. Si se dice *viaxeira* en Galicia, no hace falta más. En otro lugar hablaríamos de un turista, pasajero ocasional en cualquier ruta. En Galicia, hablamos de alguien que se va sin retorno, y la expresión adquiere allí, todos los valores de la despedida, la incertidumbre ante el futuro, el arranque definitivo de la tierra. Si, cómo lo hace Fátima en *Cláusulas del viaje*, de *Amanecida de los cuerpos*, su libro anterior, el poema se abre con el verso: “La viajera no ha de parar nunca”, es claro que no hace falta más, pues nos está ofreciendo una línea cuya intensidad dramática contiene una vida que es portadora de otras, las de las mujeres migrantes de su pueblo. El poema expresa con singular economía de palabras, esa tradición de desprendimiento que forma parte de la identidad del pueblo gallego, de su dolor.



Santiago de Compostela. Soportales de la Rúa del Villar. Siglo XII.



La catedral de Santiago de Compostela. Pórtico de la gloria. Siglo XII.

Hay una claridad que trasciende la sencillez en la expresión de Fátima, la que no necesita de artilugios ni maquillaje. Hay, sobre todo, como ella lo dice en la dedicatoria de este poema, un profundo respeto por el silencio y ese respeto es una característica de toda su poesía. Porque no se trata simplemente del silencio de la respiración que le da reflexión al verso; se trata del silencio que contiene al dolor y eso es algo más que escritura. Por tanto, la escritura mayor de la expresión gallega es la que ha sido capaz de aprehender ese silencio con el que se dicen tantas cosas, se transmiten tantas emociones en Galicia, algo que funciona como un “valor añadido simbólico del gallego”².

Afuera la gritería de los más comunicativos, vocerío de la notoriedad, en Galicia el silencio dolorido que se convierte en reflexión y nutre las emociones verdaderas.

No quiero concluir esta presentación sin referirme a la traducción de *Límite de propiedad* realizada por la mexicana Gloria Vergara, en la que observo una íntima complicidad con la expresión original, cuyo valor esencial va a aportar al lector del español el hálito de la lengua

² El escritor gallego Víctor Freixanes, ha dicho en entrevista (Quimera, junio 2003): “... un ciudadano del siglo XXI tiene hoy una lengua de identidad que es un valor añadido para estar en el mercado global. En esos mercados unificadores cuando tú eres distinto y tienes un producto bueno llamas la atención, de lo contrario no existes porque una botella de vino blanco es una botella de vino blanco pero, cuando a esa botella le pones “albariño” y todo el discurso del mundo del albariño detrás: el camino de Santiago, los monasterios, Cluny, la luz de Occidente... se transforma en otra cosa y es cuando el precio de la botella deja de ser el precio de la uva y empieza a subir el precio del vino. Eso es lo que se llama valor añadido simbólico en los mercados, algo que en las sociedades de la información es cada vez más importante.

galaica. Con esto quiero decir que la traducción ha cuidado de no meter en camisa ajena el lenguaje en que fue escrito el poema; por el contrario, se nota la fineza del trabajo con la frase que a tramos evoca la palabra inicial, lo cual logra esa atmósfera que el lector recibe como si estuviera leyendo en galaico, cuando en realidad lo está haciendo en castellano. Trabajo de eficacia inusual hecho con la dedicación y el amor que merece esta poesía, escrita en una lengua de transmisión tan cálida y hermosa como la gallega.

Sin más, les entrego a una poeta que emprendió el viaje en la ribera de las rías del Eume en la costa nortina de La Coruña y a la grupa del poema llegó hasta nosotros tras atravesar las fronteras madrileñas, catalanas, finalmente francesas. Su poesía merece ser leída en nuestro ámbito y lo voy a decir con la misma sencillez con la que ella trabaja: simplemente porque es buena. ☒

Mínerva Salado (La Habana). Poeta, ensayista y periodista cubana. Ha publicado ocho títulos de poesía y nueve de prosa (ensayo, género testimonial y reportajes), entre los cuales pueden citarse: *Al cierre* (Premio David de Poesía. Ediciones UNION, La Habana, 1972); *Tema sobre un paseo* (Premio Nacional Julián del Casal. Ediciones UNION, La Habana, 1978); y *Herejía bajo la lluvia*. (Premio Internacional de Poesía Carmen Conde. Editorial Torremozas, Madrid, 2000, España). Como ensayista se ha dedicado en particular al pensamiento hispanoamericano de las primeras décadas del siglo XX. En este género prepara una colección de ensayos sobre el comportamiento de los medios informativos en la sociedad actual, los que agrupará bajo el título: *México, la noticia comparada*. Reside en México desde 1988.

Fátima Rodríguez. Poeta y académica, nacida en La Coruña, Galicia, en 1961. Profesora de Letras en la Universidad de Toulouse, Francia, donde obtuvo el grado de doctora en Literatura Latinoamericana. Su poemario de próxima aparición, *Calera de Arder el tiempo*, será el tercero en su bibliografía.

CLAUSULAS DA VIAXE

Fátima Rodríguez

*A Héctor Ruiz Rivas. Ao seu retorno.
A súa escrita breve. A toda forma de escrita que respete o silencio.
A maio en Terrachá*

A viaxeira non ha de parar nunca.
Ninguén a deterá,
ninguén.
Nin prantos. Nin saloucos,
nin a humidade doce das rosadas,
nin fraga fresca,
nin pel tenra,
nin torrente fecundo de mainceiro.
Nin aloumiños tépedos no corpo,

nin leiras

nin brañas.

Nin o alento doméstico do ourego, do fiúncho.
Nin o recendo maial das xestas.

Tampouco o tento lene das soanas.

Nin sentimentos firmes, mesetarios
(lástima fora).

Nin sequera
Os máis fondos rizomas afectivos

Que vai perderse, ho.
Perderse
É ter nalgunha parte un punto fixo
E non o ver máis alá.
Oufanarse
disa ínfima posesión
do punto
que lle chaman orientación
como se solo o leste fora obvio,
como se a xeometría toda
fora súa.

Viaxar é, pois, saír,
sempre saír,
ben lonxe,
tanto da,
saír cara a nonseiónde
sempre
cunha nostalgia pasadía na beirarúa,
a soidade ao colo
e o entendemento espido,
á intemperie.

CLÁUSULAS DEL VIAJE

*A Héctor Ruiz Rivas. A su retorno.
A su escritura breve. A toda forma de escritura que respete el silencio.
A mayo en Terrachá.*

La viajera no ha de parar nunca.
Nadie la detendrá,
nadie.
Ni llantos. Ni sollozos,
ni la dulce humedad de la rosada,
ni bosque fresco,
ni piel tierna,
ni torrente fecundo de maizal.

Ni caricias templadas en el cuerpo,
ni campos

ni brañas.

Ni el aliento doméstico del orégano, del hinojo,
ni el aroma mayal de las retamas.

Ni tampoco el tiento leve de las solanas.

Ni sentimientos firmes, mesetarios
(faltaría más).

Ni siquiera
los más hondos rizomas afectivos.

Por qué se va a perder.
Perderse
es tener en alguna parte un punto fijo
y no ver más allá.
Ufanarse
de esa íntima posesión
del punto
que llaman orientación
como si sólo el Este fuera obvio,
como si la geometría toda
fuera suya.

Viajar es, pues, salir,
siempre salir,
bien lejos,
qué más da,
salir a nosedónde
siempre
con una nostalgia caduca por las cunetas,
la soledad en el regazo
y el entendimiento desnudo,
a la intemperie.